

TÍTERES



-¡¡Vete de una puta vez hostia, y tráeme whisky que se ha acabado!!

-Mamá, no te voy a comprar nada, estoy harta de verte emborracharte todo el tiempo.

¡Tienes un puto problema, joder!

-¡¡Me cago en la puta, que te calles zorra!!

Antes de que me alcance el cenicero que me lanza como símbolo de su rabieta, me despierto gritando para poner fin a la pesadilla. Con el grito he despertado a Marcos, que llora en su cuna llamándome. Lo cojo en brazos y le cantó una nana totalmente desgana, queriendo que el niño se duerma pronto. Después de media hora de un solo del “Duérmete, niño”, Morfeo sigue sin atraparlo. Me levanto la camiseta de mi pijama y le doy de mamar. El recurso funciona y, después de su enésima comilona, logro que se duerma..

Al volver a mi cama, miro al despertador que tengo en la mesilla de noche. La luz roja que emite el reloj marca las 5.45. Decido que no merece la pena dormirme para despertarme en tres cuartos de hora. Instintivamente, tras acometer una decisión tan difícil, a la vez que meditada, abro el cajón de la mesilla y cojo mi paquete de Marlboro y un mechero amarillo. Saco del paquete un cigarrillo, y me doy cuenta de que es el último que me queda. ¡ Más me vale aprovecharlo bien!.

Me voy a la cocina y abro la ventana que da al patio de luces. Me asomo a ella y apoyando mis flácidos brazos blanquecinos en el marco inferior, respiro profundamente. A continuación, me introduzco el cigarrillo en la boca y con la mano derecha sostengo el mechero. Lo prendo un par de veces hasta que consigo crear una llama lo suficientemente duradera para encender el cigarro. Lo enciendo y le doy una primera calada.

Mientras lleno mis pulmones de alquitrán y le doy al patio de luces un ligero olor a “after hours”, rememoro la pesadilla que me ha despertado. Se dice que lo bueno de las pesadillas es que, al ser un sueño, poco a poco se desvanecen en nuestra caprichosa memoria. Sin embargo, esta pesadilla está basada en hechos reales, para mi desdicha. La cicatriz que tengo en la parte derecha de mi frente lo confirma.

El sino ha querido que recuerde el camino que he seguido para llegar hasta aquí. Aquella entrañable escena sucedió a mis 17 años, cuatro años después de la muerte de mi padre. Él era el pegamento de la familia, el director de orquesta que ejecutaba con maestría aquella armonía, el encargado de mostrar a sus amistades nuestra idílica y adinerada existencia. Mi padre, harto de sostener aquella mentira, harto de ocultar los problemas que invadían su matrimonio, harto de dar una imagen de familia idílica al exterior, se alió con la mala climatología para lanzarse colina abajo con su coche en una lluviosa noche de otoño. Su coche fue hallado en el fondo de un barranco que se encuentra a una media hora de la casa familiar. En la autopsia figuraban como causa de la muerte los politraumatismos que sufrió

debido al accidente, un accidente justificado por la resbaladiza carretera que bordeaba el precipicio. Mi padre era un hombre inteligente, culto, bondadoso, pero su inocencia se vio superada por el desgaste que le suponía su vida. Se sentía sucio. Desde su cuco despacho, jugaba con la ilusión y el dinero de la gente. Gente joven, cuya vida estaría condicionada por las hipotecas basura y los créditos que les animaba a adquirir. Cientos de jubilaciones jodidas por las preferentes, una vida llena de esfuerzos para acabar con una mano delante y otra detrás. Algunos hasta sin casa.

Mi madre fue la culpable de todo. Interesada en que su marido amontonara billetes y más billetes, le convenció para dejar una de sus grandes pasiones: la pintura. Eso no daba dinero. Una vez dejó su faceta artística, le convenció para trabajar en banca. Eso daba dinero. Una vez estuvo en banca, le convenció de que cometiera todas las maldades que pudiera. Cuantas más hipotecas colocase, más rápido ascendería en la sucursal, más comisiones se llevaría y la cuenta corriente con más ceros estaría. Eso daba mucho dinero.

Su táctica de convicción era tan simple como efectiva: menospreciar, infravalorar, despreciar e insultar cada vez que mi padre pensara en hacer algo o hiciera algo que fuera en contra de sus intereses. Cada vez que la seguía cual perro faldero, tenía premio: el amor falso que la señora Valle le demostraba mediante palabras bonitas y promesas de amor eterno. Todas tan falsas como una moneda de tres euros.

Yo empecé a darme cuenta de la situación un par de meses antes de su muerte. Durante toda mi existencia, fue una actriz que ejecutó su papel a la perfección. De cara al exterior, era la perfecta mujer florero: atenta y comprensiva con su marido, dulce y cariñosa con sus hijos,... la perfecta imagen de una mujer cuyo único objetivo parecía ser cuidar a su familia. De puertas para dentro, inoculaba su veneno a mi padre, que aguantaba sus maltratos psicológicos, hasta que no pudo más. Reventó y se reventó contra aquel desfiladero.

Después de trece años, mi madre parecía haber olvidado sus dotes interpretativas, y no ocultaba sus rabietas continuas. Los gritos entre el matrimonio eran constantes. Mi padre ya no sonreía. Se le había olvidado. Yo saqué las conclusiones que una mocosa de mi edad podía sacar. Más adelante, fue mi hermano Saúl quien me explicó lo que sucedía. Mi padre pintó un día antes de dormir un cuadro en el que se veía a un muñeco bajo una piedra, y encima de la piedra una titiritera que sostenía unas cuerdas que la propia piedra había roto. Aquel cuadro lo colgó en el pasillo antes de coger por última vez su coche. Fue su penúltimo acto de libertad.

Ella pasó de ser la perfecta protagonista de una teleserie familiar a la villana más egoísta, despiadada y manipuladora. Una vez enseñó su lado oscuro, no lo volvió a ocultar. Las continuas faltas de respeto, insultos y agresiones llevaron a mi temperamental hermano a la ira, a la esquizofrenia, a la locura absoluta. Mi madre, borracha y astuta a partes iguales, le tendió una trampa a Saúl. La policía no pensó que mi madre se hubiera autolesionado, como Saúl argumentaba. Saúl cruzó delante de los policías la delgada línea entre la ira y el delirio. Este hecho le llevó a un psiquiátrico, y ese hermetismo fue su pasaporte al mundo de la demencia. Todavía no ha encontrado la puerta de salida.

Al no haber más fuentes de ingreso que el aire, me tuve que buscar la vida y empecé a trabajar en cuanto me dí cuenta de que nadie movería un dedo por mí. Todas aquellas personas que adoraban nuestra familia se esfumaron cuando el dinero desapareció. Volví de la cafetería donde trabajaba cuando mi madre reclamaba su enésima dosis de agua con misterio. Yo, agotada de mi trabajo, de ella y de mi vida, le dije que fuera ella a buscarla. Entonces, me tiró a la frente un cenicero, cuyo impacto me abrió la piel unos centímetros. Empecé a llorar y me fui al baño a verme la herida. No lloraba por el impacto. Lloraba por todo lo que me rodeaba. La sensación de haber vivido dentro de una mentira constante, la impotencia de no poder solucionar ninguno de mis problemas, la sensación de que mi vida de mierda no tenía solución. O tal vez sí la había, pero no me atrevía a coger un cuchillo y rasgarme los brazos.

Cuando me empecé a secar las lágrimas, me percaté de que habían adquirido un tono rojizo. Provenían de la sangre que caía a borbotones de la brecha. En cuanto levanté mi mirada, vi un reguero de sangre que recorría la parte derecha de mi rostro. Al verme la herida, cogí una toalla para tapanla y busqué las llaves de mi coche para ir cuanto antes al ambulatorio. Antes de irme, la antiguamente adorada y envidiada señora Valle me recordó que le comprara el whisky.

Respiro profundamente para conseguir el máximo de moléculas de oxígeno posibles. Levanto la vista al cielo. Todavía está oscuro. La contaminación lumínica me impide ver más allá de la luna. Retomo el cigarro mientras sigo recordando la nula convivencia que había en casa. En el ambiente se respiraba una mezcla entre tristeza y alcohol barato.

Para mi madre, su uniforme de trabajo evolucionó desde los delantales y trapitos dignos de pasarela a los chándals viejos y camisetas raídas. Su pelo acumulaba capas de grasa y parecía mentira que una persona que no era capaz de salir de su casa sin emperifollarse cual gran dama, se hubiera adueñado de outfits y looks dignos de los pordioseros más chic del momento. Se convirtió en un bebé dependiente del alcohol barato y los cigarrillos, vicio que yo también adquirí. Los gritos y peleas eran constantes, y yo no tenía vía de escape. Todo intento de evasión me recordaba a Saúl; un momento de ira absoluta, más una trampa simple pero efectiva, más la justicia, ciega, sorda e ilógica, le condenaron a pasar sus días en un sanatorio.

El único desvío que encontré fue el tabaco y las relaciones esporádicas con hombres de toda clase y condición. No buscaba amor. Sólo sexo. Quería olvidarlo todo aunque solo fuera por 10 minutos. Fundirme junto a mi compañero de aventuras en algo profundo y placentero. Sentir que le importaba a alguien, aunque solo fuera por 10 minutos. Y así estuve, sacando la cabeza de aquella nube tóxica en intervalos de 10 minutos. Pero, el peaje a pagar por esos pequeños desvíos fue caro: un embarazo.

Cuando ví aquel palito con el extremo rosa, me quedé en shock. Pensé en la vida. En la mía. En la de mi hijo. En la de mi madre. En la de Saúl. En la de mi padre. Una había acabado estampada. Otra atrapada entre cuatro paredes. Otra ahogada en alcohol. Y la mía, que se resumía en trabajar y lamentar. Ya se habían arruinado tres vidas delante de mí sin que yo hiciera nada, y otra iba por el mismo camino. Entonces lo ví claro. Tenía que luchar por la vida de mi hijo. El destino me daba la oportunidad de empezar de cero. O casi cero. Una oportunidad de redimirme, de perdonarme a mí misma por no haber evitado la ruina de las otras tres vidas.

Por fin veía el futuro. Vislumbraba a lo lejos una pequeña luz que me animaba a seguir caminando. Un acontecimiento que cualquier adolescente vería como algo trágico, se convirtió en mi faro. Evidentemente, mi sueño no era convertirme en madre soltera siendo casi una niña. Pero, en esa futura criatura, ví la responsabilidad de mantenerla lejos de ese ambiente tóxico y hostil. La excusa para salir, para huir hacia delante. Por eso, antes de que se me notara la barriga, hice mi maleta y salí de mi casa para no volver. Me alié con la nocturnidad, un billete de autobús y la embriaguez severa de mi madre para salir por patas. Antes de cruzar la puerta, la ví. Dormida encima de la mesa, con una botella de licor y un cigarrillo a medio fumar en la boca. Esa imagen fue el último argumento que me convenció.

Han pasado casi dos años de aquello y me pregunto qué hubiera pasado si me hubiera quedado. ¿Podría Marcos haber sido el antídoto para nuestra familia? ¿Una criatura bella y pura para arrancar de raíz las malas hierbas que habían brotado entre todos? ¿Y si hubiera abortado, todo habría seguido igual? ¿Y si mi madre hubiera sabido de mi embarazo? Demasiadas preguntas para tan poco tabaco. Le doy la última calada al cigarro antes de apagarlo en el cenicero. Antes de quitarme el pijama e irme a la ducha, veo a Marcos. Sigue durmiendo pero tiene dibujada una sonrisa en su rostro. Está soñando y sonriendo a la vez. Sonríe, porque su mundo es muy simple. Le envidio porque no es consciente de lo que le rodea y lo que pudo haberle rodeado. Y espero que jamás le rodee.

A los cinco minutos de entrar en la ducha, suena mi móvil. Nada más oírlo, cierro el grifo y me ato una toalla para que me tape lo justo. Número oculto. Agarro el teléfono y me lo acerco a mi oreja derecha, mientras me extraño por la procedencia de la llamada.

-¿Dígame?

-Buenos días, ¿es usted Lucía Valle?

-Sí -contesto sorprendida e incluso enfadada- ¿Por qué? ¿Cómo sabe mi nombre?

-No se preocupe, soy el comisario Pomar, del cuartel de la Guardia Civil de Burgos. La llamé porque ha habido un incidente bastante grave en su domicilio y me gustaría hablar con usted.

-¿En mi domicilio? ¿En la casa de mi madre? ¿Qué ha hecho? -contesto alterada-

-Mire, le voy a ser franco. En 20 años que llevo en el cuerpo nunca había visto algo así. Su madre y su hermano han aparecido muertos en su domicilio.

-¿Cómo? -respondo apoyándome en la pared-.

-Su madre ha muerto por un traumatismo craneoencefálico, agravado por la pérdida de sangre que las brechas le causaron. Parece ser que la causa fue una piedra que hemos encontrado junto al cuerpo y que fue impactada en repetidas ocasiones contra su cabeza. Su hermano estaba en el pasillo contiguo al salón, con un cuchillo de cocina clavado en su estómago.

-¿Pero cómo escapó mi hermano de la clínica?! ¡No pueden ser ellos, tiene que haber una equivocación! -respondo alterada-.

-Lo lamento, pero no es ningún error. Estamos investigando lo sucedido, pero la verdad es que como le he comentado, nunca me he encontrado con un caso así. Además, no hay ningún indicio de robo, y por ello me gustaría que fuera a comisaría para que respondiera a unas preguntas, para indagar en algunos detalles de sus vidas que pudieron haber causado esta... -se para el comisario buscando una palabra adecuada- situación.

Aturdida, no respondo a las palabras del comisario. Estoy jodida. Como si me hubieran dado un par de hostias. Aunque haya más de 600 kilómetros entre ambos. Dejo el auricular encima de la mesa y me apoyo en la pared, en busca de equilibrio. Pero no lo encuentro y estando apoyada, me voy deslizando poco a poco hasta llegar al suelo. Quiero llorar, pero mis ojos están secos. Quiero gritar, pero mis pulmones están sin aire. Quiero darle puñetazos al suelo, pero los brazos no me responden. No siento nada. Mis sentimientos parecen estar atrofiados, estoy en coma sentimental. Ni siquiera soy capaz de preguntarme sobre lo que ha pasado. De repente, siento tal vacío que mi sangre parece haberse coagulado. Ahora mismo solo busco ruido. Un ruido que me despierte, que me explique lo que ha pasado. Justo entonces suena el timbre. Suena un par de veces más hasta que me voy a la puerta y la abro. Aparece mi vecina Puri. Prejubilada y viuda, me hace el gran favor de cuidarme a Marcos cuando estoy en el bar. Ella siempre me agradece que se lo deje. Según ella, llena de luz su casa y su vida. Ella es seguramente lo más parecido que tendré a una madre. Sin embargo, instintivamente decido no contarle nada de lo que ha pasado. Y es que, hay cosas terribles que ni siquiera una madre puede saber. Aunque mi cara pálida me puede delatar.

-Buenos días, Lucía. ¡Qué cara tienes hija! ¿Pero qué haces todavía en toalla? ¡Que vas a llegar tarde!

-Sí sí, es que me he dormido. Marcos ha pasado mala noche y... -le miento con la primera excusa que se me ocurre-.

-Ay, los niños,... que trabajo dan... Bueno tranquila, tú vístete y vete, que ya me llevo a Marcos a mi casa. ¿Ha desayunado?

-No, está en mi habitación durmiendo en la cuna. Tienes algo de leche que me saqué anoche en la nevera -al señalarle la cocina, me percató de un sobre que tiene en la mano- Oye, ¿qué llevas en la mano?

-¡Por Dios, qué cabeza tengo! Esto me lo ha dado el cartero, que ha pasado hace nada y como todavía no tienes puesto el cartelito con tu nombre, no sabía dónde tirarla. ¿Te la pongo encima de la mesa?

-No, no, trae, a ver qué es lo que es.

-Bueno, te dejo que te prepares tranquila, y ¡corre que vas a llegar tarde!

-Sí sí, tranquila, muchas gracias.

Puri se ha llevado a Marcos y me quedo mirando a la carta. En el sobre sólo aparece mi nombre y mi dirección, no tiene remitente. Este detalle debería perturbarme, pero me da igual. No estoy para pensar en ese tipo de detalles. Abro la carta por la solapa con cuidado, intrigada de lo que puede haber dentro. Me encuentro con una nota pequeña escrita a mano.

*El muñeco murió,
para liberarse del mal
la titiritera con la piedra se topó,
las cuerdas se han roto
para que puedas escapar,
junto a Marcos
alto volarás.*

Saúl. Joder ¿Pero cómo cojones...? ¿Cómo sabía lo de Marcos? ¿Y cómo sabía donde vivo? ¿Cómo escapó del sanatorio? ¿Por qué se suicidó? ¿Acaso pensaba que era un estorbo? No lo sé. Sospechaba que podía ser él, y la nota me lo confirma pero no termino de encajar las piezas. Si mató a mi madre, ¿Por qué se clavó el cuchillo? ¿Quería que me liberara de él? ¿O tal vez no soportó tal atrocidad? No tengo ni la menor idea.

Una lágrima empieza a recorrer mi mejilla derecha. Pero no es de tristeza, sino de rabia. De impotencia. De no saber el porqué de lo que ha ocurrido. De recordar todo lo que pasé y no pude evitar. Tres vidas que se han terminado de consumir sin que haya podido hacer nada. Deambulo por el piso buscando un resquicio de coherencia, un atisbo de cordura que me permita controlarme en la cuerda de funambulista. Instintivamente, me meto en mi habitación y saco la cabeza por la ventana buscando aire, buscando un mínimo escape. Miro hacia el suelo que está a 7 metros. Veo reflejados a mis padres y a Saúl, reflejados en el inerte suelo, aunque el gres sea opaco. Levanto la vista al cielo, que está completamente tapado. Las nubes actúan de manta y ahogan a la ciudad con su contaminación y a las personas con sus zozobras.

Saco la cabeza y veo que el reloj que está encima de la mesilla de noche marca las 7:35. Voy a llegar tarde al trabajo. Da igual que esté de parto o que la mitad de mi familia haya muerto, si no voy me despedirán y Marcos necesita comer a fin de mes. Y ahí está. El culpable de que yo esté aquí al lado del despertador. Con su sonrisa grabada y enmarcada en un marco plateado. Ajeno al mundo. Ajeno al caos que tiene a su alrededor. Ajeno a la mierda con la que convive.